

como rey también de Puglia y de Calabria, el año 1139. Fué un excelente soberano: como guerrero extendió notablemente sus dominios, y llevó sus armas y sus bajeles á las costas africanas y las de Grecia, para vengar en aquellas las invasiones sarracenas, en éstas los ultrajes hechos á un embajador suyo por el emperador de Oriente. Como legislador, aun se admiran las leyes que promulgó arreglando la hacienda pública y la administración de justicia, é inhibiendo de su ejercicio á los barones. Como protector de las artes útiles y de la ilustración, aprovechó diestramente los prisioneros que trajo de la expedición de Oriente para introducir en sus Estados el cultivo y las manufacturas de la seda, luego tan célebres y productivas en aquellos países. Dió gran empuje al monasterio de Montecasino, y fundó la célebre escuela de Medicina de Salerno, y Palermo y Nápoles se vieron engrandecidas y adornadas con públicos y magníficos monumentos, que aun recuerdan su reinado. Murió este rey el año 1164, dejando un hijo y una hija. Aquél, llamado Guillermo, heredó los reinos de Nápoles y de Sicilia; ésta, llamada Constanza, casó con Enrique, príncipe de Suavia, y en ella recayó muy pronto la corona de aquella isla, con la extinción de la línea masculina de los Normandos.

Gobernó doce años Guillermo desafortunadamente, adquiriéndose con justicia el renombre de *Malo*. A su muerte le sucedió su hijo del mismo nombre, dejando con razón muy diferente fama. Como valeroso guerrero, socorrió al Papa, atacado por el emperador Barbaroja, en 1168; volvió á sujetar á los sarracenos de Sicilia, auxilió oportunamente al emperador de Oriente, Alejo Commeno, y defendió á los cristianos de Palestina, oprimidos por Saladino. Y como ilustrado soberano, arregló la administración, fomentó la agricultura y el comercio, premió á los sabios y construyó grandes edificios, entre otros el magnífico templo de Monreale, en Palermo, destinándolo para panteón de los reyes de Sicilia. No tuvo sucesión de una hermana del rey de Inglaterra, con quien estuvo casado, y dejó al morir en 1189 la corona á su hermana Constanza, casada, como dejamos dicho, con Enrique de Suavia, hijo del emperador Barbaroja.

No contentó á los barones este cambio de dinastía, declararon nula la disposición del difunto y proclamaron rey á Tancredo, conde de Lecce, hijo natural de Rugerio; el cual, recibiendo la investidura del pontífice romano, defendió por tres años consecutivos su corona de los ataques de Enrique de Suavia, que, aunque promovido al trono imperial, no desistió de los derechos que le transmitía su mujer. Murió Tancredo durando aún la lucha. Sucedióle su hijo Guillermo, que menos feliz que el padre, cayó en manos del feroz Enrique y tuvo un desastroso fin. Con lo que completamente y sin estorbo vinieron á la casa de Suavia los reinos de Nápoles y de Sicilia el año 1194.

### III

Dueño absoluto de ellos Enrique emperador, ejerció el poder con crueldad tan inaudita, y ejecutó tan atroces venganzas con los partidarios de Tancredo, que, creyéndose mal seguro en Sicilia, determinó una expedición á Palestina y murió en San Juan de Acre, dejando tutora de su hijo Federico, sucesor suyo en Nápoles y en Sicilia, á su viuda Constanza. Un año solo sobrevivió esta princesa á su esposo, y dejó encomendado el rey niño al arzobispo de Palermo, al obispo de Capua y al abad de Monreale. También el Padre Santo se declaró defensor y protector de Federico, hasta que, harto de luchar con tanto pretendiente á aquellas coronas, lo declaró mayor de edad á la de trece años, en 1208.

Filipo, hermano de Enrique, ocupó el trono imperial jurando que no incomodaría á su sobrino en la posesión de sus reinos. Pero como faltase al juramento, fué excomulgado por el Papa; y perdiendo á poco la diadema, recayó el imperio, por unánime elección, en el mismo Federico, rey de Nápoles y de Sicilia.

Al coronarlo el Papa le exigió que fuese á hacer la guerra á Palestina, y lo casó con una hija de Juan de Brena, que tenía derecho á la corona de Jerusalem, usurpada por Saladino; matrimonio por el cual conservan aún los reyes de Nápoles y de Sicilia el título pomposo de *Reyes de Jerusalem*. Retardó Federico su expedición á la Tierra-Santa, por lo que fué excomulgado, y con este apremio la verificó. Pero tuvo muy pronto que abandonarla y que volver en defensa de sus Estados, á quienes el Papa movió cruda guerra. Hizolo con tenacidad y buena fortuna, y dejó al morir las dos coronas á su primogénito Conrado, que estaba en Alemania, y á Manfredó, príncipe de Taranto, el gobierno, con título de vicario, hasta la llegada del nuevo rey. Fué Federico de gran ánimo, aunque vengativo y cruel, protegió las ciencias y las artes, sobre todo la poesía, y fundó en Nápoles una universidad, la segunda que tuvo Italia, habiendo sido la primera la antiquísima de Bolonia.

Grande oposición hizo el Papa á que Nápoles y

Sicilia reconociesen y jurasen al nuevo soberano, decidiendo que aquellos Estados pertenecían á la Iglesia por haber muerto excomulgado Federico. Mas Conrado, al frente de un poderoso ejército, terminó la contienda y tomó posesión de la corona. Pero no la gozó largo tiempo, pues murió en 1234 dejando sucesor á su hijo Conradino, de edad de dos años y ausente, volviendo por lo tanto Manfredó á ejercer el gobierno con título de vicario, y á poco con el de rey, suponiendo muerto al rey niño.

Renovó el papa Alejandro IV las pretensiones de su antecesor á la corona de Nápoles, y hallando vigorosa resistencia en el tenaz Manfredó, llamó á Carlos de Anjou, conde de Provenza, hermano de San Luis, rey de Francia, para conquistar el reino de Nápoles, ofreciéndole la investidura. Muerto Alejandro, su sucesor Urbano IV insistió en la pretensión; y al cabo Carlos, excitado por la ambición de su esposa Beatriz, aunque con desaprobación de su santo hermano, cedió á los deseos de Roma y se arrojó á la empresa, concediendo de antemano al Papa, por la investidura y por el apoyo que debía darle, cierto tributo anual y un caballo blanco en señal de vasallaje; este caballo es el origen de la famosa acenea, tan célebre en la historia y que aun no há mucho enviaban cada año á Roma los reyes de Nápoles. Y además le hizo concesiones muy importantes al poder de la Santa Sede. Empezó, pues, la conquista con incierta fortuna, y acaso no la hubiera tenido buena si el valeroso Manfredó no hubiera sido vendido por los suyos en la batalla de Benevento, donde, viéndose perdido, buscó y encontró la muerte en lorecio de la pelea. Su viuda y sus hijos se encerraron en el castillo de Nocera, donde perecieron lastimosamente á manos de los franceses.

Dueño Carlos del trono, se mostró tan injusto y tan cruel, que los barones del reino tramaron una secreta conjura, y averiguando que Conradino vivía escondido en una aldea de Alemania, y que había cumplido diez y ocho años, le enviaron mensajeros rogándole viniese á ceñir la corona, que tan legítimamente le pertenecía. Animado el joven, y acudando por varios príncipes germanos, y particularmente por el duque de Austria, marchó con buenas tropas y no escaso de dinero, á Italia. Y en las llanuras de Tagliacozzo en Abruzzo dió una batalla, que empezó felizmente, pero que tuvo éxito desgraciado. Bárbaramente usó el feroz Carlos de la victoria: pasó á cuchillo sin piedad á cuantas personas de cuenta seguían al joven y desgraciado Conradino; y dueño de él y del duque de Austria, los mandó decapitar, como se ejecutó á los pocos días en la plaza del Mercado de la ciudad de Nápoles, en presencia de un numeroso pueblo conser্নado, que lloraba con verdadero dolor aquel desastre. El gallardo príncipe, en quien concluyó la dinastía suava en Italia, protestó solemnemente, y declaró sucesor suyo á don Pedro, rey de Aragón, como marido de la hija de Manfredó y de Constanza; y cuentan que ántes de presentar el cuello al verdugo, arrojó en medio de la muchedumbre un guante, otros dicen una sortija, para que fuera presentado al monarca aragonés como prenda de su herencia.

Tales trastornos no bastaron á detener el curso de la civilización, promovida y empujada en Nápoles y en Sicilia por Federico y Manfredó. Pues se tradujeron entonces los manuscritos preciosos que aquel trajo de Oriente. Se vulgarizaron las obras de Aristóteles, de Galeno y de Ptolomeo, y brillaron el gran Santo Tomás de Aquino, lumbrera de la filosofía, y el amalfitano Flavio Gioja, inventor de la brújula.

Carlos de Anjou, asegurado en el trono y sin competidores á quien temer, continuó en sus crueldades y desaciertos, mereciendo durísimas amonestaciones del Padre Santo y haciéndose blanco del odio general. Y las rapacidades y violencias de los franceses de su ejército y de su corte fueron tales, que prepararon y justificaron el famoso y sangriento suceso, consignado en la historia con el nombre de *Vesperas sicilianas*. Había trasferido su residencia de Palermo á la ciudad de Nápoles, dejando de lugarteniente en Sicilia á un francés, su favorito, el que gobernó con tal desenfreno y permitió tanta indisciplina y tan irritantes excesos á sus compatriotas, que dieron ocasión al famoso Juan de Prócida de llevar á cabo una vasta y atrevida conjura que tenía combinada, para la destrucción y total acabamiento de los extranjeros opresores. Y el día segundo de Pascua del año 1282, al toque de vísperas, fueron asesinados, en toda la isla y en dos horas, más de ocho mil franceses.

Don Pedro, rey de Aragón, ó prevenido de lo que iba á suceder, ó por mera casualidad, cruzaba aquellos mares para limpiarlos de piratas sarracenos; y acudió al rumor de tan grave acontecimiento con tal oportunidad, que los sicilianos se echaron en sus brazos, lo aclamaron rey; y lo coronaron inmediatamente en la catedral de Palermo, como descendiente y legítimo heredero del desventurado Conradino, volviendo á dividirse así ambas coronas, reunidas desde el tiempo de Rugerio.

Carlos, furioso con la pérdida de Sicilia, desahó

al Aragonés, señalando campo en Gascuña, y nombrando juez y padrino al rey de Inglaterra; pero aunque concurrieron ambos monarcas, no llegaron á combatir. Entre tanto el famoso almirante aragonés Roger de Lauria, aprovechando la ausencia de él de Nápoles, atacó varios puntos de sus estados y hasta la capital misma, haciendo en ella prisionero al príncipe de Salerno, hijo y heredero del rey Carlos, y de su mismo nombre, que gobernaba el reino durante el viaje y empresa caballeresca de su padre. Noticioso éste de tal contratiempo volvia furioso á vengarlo; pero fué detenido por la muerte en la ciudad de Foggia año 1282.

Sucedióle el hijo prisionero de Roger de Lauria, que á los cuatro años de prisión logró rescate por empeño del rey de Inglaterra; y obtuvo del Papa la investidura de Nápoles y de Sicilia. Alteró grandemente tal concesión á don Jaime sucesor de don Pedro, que apeló á las armas. Y llamado luego al trono de Aragón, dejó en Sicilia de lugarteniente á su hermano menor don Fadrique, quien no tardó en rebelarse y llamarse rey. Nuevas guerras nacieron de este cambio, hasta que don Fadrique aseguró la paz aviniéndose con su hermano, y casándose con una hija del nuevo rey Carlos de Nápoles, pactando que á su muerte volviera la isla á ser dominio de la casa de Anjou; lo que disgustó tanto á los catalanes y aragoneses que lo habían ayudado en todas sus empresas, que se retiraron de Sicilia muy desabridos, y emprendieron la famosa expedición contra turcos y griegos, en que ejecutaron tales hazañas, que á no estar tan comprobadas en autores contemporáneos se reputarían fabulosas.

Murió á poco el rey Carlos de Nápoles dejando la corona y sus pretensiones á la de Sicilia, en su hijo segundo Roberto, por haber sido llamado el primogénito al trono de Hungría. Se empeñó el nuevo Rey en costosa guerra por socorrer al Papa, logrando triunfar completamente del emperador Lidovico, que había invadido el estado romano. También tentó la conquista de Sicilia, pero infelizmente; pues perdió en Trápani su armada y su ejército, devorados por la peste.

A la muerte de don Fadrique no se cumplió el pacto de que volviera su corona á la dominación Anjouina; pues el odio de los sicilianos á los franceses, y el temor de que vengarán la pasada manzana, los decidió á alzar por Rey á don Pedro, hijo del difunto. Reinó dos años, y á su muerte fué proclamado su hermano don Luis, aunque no tenía más que cinco de edad. Los disturbios é inconvenientes de la larga minoría aconsejaron á los barones y á los hombres de cuenta buscar remedio en lo pactado por don Fadrique, echándose en brazos de Roberto; y muy adelantadas las negociaciones, murió (1343) este Rey, que fué gran protector de las ciencias y de las artes, y que honró y regaló largamente en su corte al célebre Bocaccio y al inmortal Petrarca. Al morir Roberto dejó ambas coronas á su hija Juana, casada desde niña con Andrés, hijo del Rey de Hungría, concluyendo así la primera dinastía de Anjou.

Recibió la nueva Reina la investidura pontificia á los diez y seis años de edad. Era de carácter débil y se dejó dominar por una mujer plebeya natural de Catania; mientras el marido, no más fuerte, se entregó completamente á los húngaros de su séquito; lo cual y la aversión ingénita que ambos esposos se profesaban, ocasionaron el asesinato del desgraciado Andrés, á quien un dogal quitó la vida secretamente el año 1345; siendo grandes las sospechas que recayeron sobre la Reina, corroboradas cuando á pocos meses y sin dispensa, contrajo segundas nupcias con su primo Luis, príncipe de Taranto.

Gran polvareda levantó en Hungría la noticia de la muerte de Andrés; y el Rey su hermano, con numerosa hueste cayó sobre Nápoles, sin dar más tiempo á la reina Juana, que el escasamente necesario para ponerse en salvo y refugiarse en Aviñón.

Fueron empero tantas y tales las atrocidades y crueldades venganzas del húngaro, que los mismos napolitanos solicitaron con grande empeño la vuelta de su Reina. Bendijo el Padre Santo su segundo matrimonio, la declaró absuelta de las sospechas pasadas, y rehabilitada de las sospechas que el marido de despejar el reino de los invasores; con lo que Juana y Luis fueron muy luego coronados solemnemente en la catedral de Nápoles el año 1351.

Entonces los barones de Sicilia, que entablaron negociaciones con el difunto Rey, las concluyeron con la hija, que pasó inmediatamente á tomar posesión de la isla; pero no lo consiguió, porque encontró resistencia en el pueblo, que sostuvo en el trono á don Fadrique, nieto del antecesor del mismo nombre. Y no teniendo sucesión, lo dejó á su hija María, quien lo traspasó á su hijo don Martín, muerto el cual pasó al Rey de Aragón del mismo nombre, á quien sucedieron don Fernando, y luego don Alfonso, al que, como diremos, llamó más tarde al trono de Nápoles la reina Juana II.

Todos estos Reyes de Sicilia de la casa de Aragón, aunque se vieron empeñados en prolijas y

continuas guerras, corriendo varias fortunas, no olvidaron el momento y la prosperidad de sus vasallos, protegiendo la agricultura, el tráfico y la navegación; con lo que adquirió un poder notable aquel reino, tenido no sólo del vecino de Nápoles sino también de las costas africanas y de los mismos emperadores de Oriente.

Vuelta la reina Juana á sus estados, desistiendo de la posesión de Sicilia, murió el rey don Luis, su esposo, y contrajo tercer matrimonio con un príncipe aragonés, por cuya inmediata muerte celebró el cuarto, en seguida, con otro de la casa de Brunswick. Grandes amarguras probó aquella infeliz mujer en el trono de Nápoles, pero la mayor de todas se la hizo devar un ingrato. Viéndose sin sucesión Juana, y en una enfermedad de peligro, nombró heredero de la corona á Carlos Durazzo, como marido de una sobrina suya á quien mucho amaba. Ocurrió á poco elisma entre Aviñón y Roma. La Reina siguió el partido de Clemente, declarado después antipapa. Y Durazzo, previendo el triunfo de Urbano, se declaró su más ardiente partidario, y le pidió la investidura del reino de Nápoles, que le concedió inmediatamente, para vengarse de la auxiliadora de su competidor; con lo que Durazzo sin más esperar, atacó á mano armada los derechos de su reina y de su bienhechora. Defendiéndose el marido con valor, pero con escasa ventura, temiéndose que retiraría la vendida Juana en la fortaleza de Castelnuovo. Allí despechada revocó su decisión á favor del traidor y nombró por heredero á Luis de Anjou, hermano del rey de Francia, pidiéndole pronto socorro. Tardó este en llegar, y cayó la infeliz en manos del implacable Durazzo, que trasladándola al castillo de Muro, en Basilicata, le quitó la vida con un dogal (1381); semejante muerte á la que tuvo su primer marido Andrés de Hungría.

El segundo llamamiento de la casa de Anjou trajo grandísimas desventuras al infortunado reino de Nápoles. Invadió Luis con poderoso ejército, y cuando casi tenía asegurada su conquista, murió repentinamente á la vista de la capital; con lo que aterradas sus tropas, y faltas de caudillo, se retiraron primero, y luego desorganizadas se dispersaron y desaparecieron. Libre Durazzo de aquel enemigo, encontró otro año más temible en el Padre Santo, indignado contra su villana conducta. Pero el afortunado y atrevido advenedizo se lanzó de repente con buen golpe de soldados sobre Nocera, feudo del pontífice, y donde de solaz y con sus cardenales eventualmente estaba; lo hizo prisionero, y lo envió con buen recaudo á Génova. Desembarazado de unos y de otros y confiado en su feliz estrella, puso los ojos en el trono de Hungría, que estaba vacante, y marchó á la ligera á solicitarlo; pero lo volvió el rostro la fortuna, y en cuanto penetró en aquel reino fué asaltado por una tropa de asesinos, que lo hirieron de muerte y lo llevaron á morir á un estrecho calabozo (1386); justa paga de sus traiciones é ingratitude.

Dejó Durazzo dos hijos. El mayor de ellos Ladislao, ocupó el trono bajo la tutela de su madre, quien viéndose muy apretada por Luis de Anjou, hijo del anterior, que vino con nuevo ejército, se encerró con su pupilo en los muros de Gaeta. Varia fué la suerte de las armas, gran parte del reino cayó en manos del pretendiente; pero por las vicisitudes de la guerra, pronto tuvo que abandonarla. Llegó Ladislao á la mayor edad, descubriendo aun más ambición que su padre. Buscando recursos con que reparar los apuros pasados y llevar adelante sus pensamientos, casó con una doncella siciliana riquísima, á quien luego abandonó, dejándola en la miseria; y, siguiendo las huellas de su antecesor, puso también las miras en el trono de Hungría.

Atajado en su empresa por fuerzas superiores, pensó en no salir de Italia, y se apoderó de la Toscana, y luego de Roma, con pretexto de ampararla en sus discórdias con Aviñón, llegando á titularse Rey de Romanos. Conoció el pensamiento su ambición insaciable de hacerse soberano de toda Italia, lo que motivó liga entre el Papa, los florentinos y los franceses; y cuando el audaz Ladislao se preparaba á hacer frente á tantos enemigos, su querida lo envenenó en Perugia, y murió en Nápoles á los pocos días el año 1410, á los treinta y siete de edad.

Dispersáronse con su muerte las numerosas tropas mercenarias que tenía reunidas, y heredó el trono su hermana Juana, viuda de Leopoldo duque de Austria, joven hermosa, pero de costumbres livianas y corruptísimas. Empezó su reinado teniendo por amante á Pandolfo Alogo, y luego á un tal Sforza. Se casó con un príncipe francés de la casa de Borbon, el cual conociendo pronto lo que era su esposa, redujo á prisión á ambos favoritos, y á ella á estrechísima vida. No podía soportar Juana II tal reclusión y tan pesado yugo, y con lágrimas, quejas y tratos secretos, logró interesar á sus vasallos; los que en un tumulto popular le restablecieron triunfante en su poder y arrojaron de Nápoles á su marido. Este se refugió en Sicilia, y renunciando al mundo, tomó la capucha en un convento de San Francisco.

Dueña la Reina de su voluntad, sacó de prisión á

mento de fidelidad, y para concluir la guerra y evitar el derramamiento de sangre se retiró á Sicilia.

Esperó allí como advertido una ocasión oportuna, y se ocupó con gran secreto y actividad en buscar recursos para recobrar la corona. Pronto le facilitaron uno y otro el desconcierto é insolencia del rey de Francia, y la rapacidad y desenfreno de los franceses; pues aborrecidos de toda Italia, en toda ella encontró armas y dinero para combatirlos el refugiado en Sicilia. Y al volver al continente é restaurar su causa, se encontró con la ayuda y socorro importantísimo de un poderoso ejército español, que le enviaba D. Fernando el Católico, al mando de Gonzalo Fernandez de Córdoba, á quien sus hazañas y pericia militar le granjearon luego el nombre de *el Gran Capitán*, con el que lo reconoce la historia. Otro ejército de varios príncipes italianos, mandado por el marqués de Mantua, llegó también en socorro de Fernando II. Y asustado el francés con tanto estrépito, se retiró precipitadamente á su tierra, con notable pérdida de gente y de reputación.

Poco disfrutó de su restaurado trono Fernando, pues se lo arrebató la muerte, y lo ocupó su tío Federico, cuyo reinado hubiera sido feliz, considerando sus buenas partes, si nuevos acontecimientos no hubieran amargado sus días y decaído del poder. El rey de Francia Luis XII, deseoso de vengar la derrota de su antecesor, atacó de nuevo el reino de Nápoles, y el rey Católico envió de nuevo al Gran Capitán, que se apoderó de los castillos de la capital con pretexto de guardarlos y defenderlos. El desgraciado Federico viendo en este paso un despojo, quiso echarse en brazos del rey de Francia; pero viendo en esto un nuevo peligro, desengañado de que no podía resistir á tan poderosos enemigos, y que lo mismo podía darse de los unos que de los otros, se retiró á la vida privada, para ser paciente y resignado espectador de cómo dos naciones poderosas y rivales disputaban su corona.

Dejó un hijo en Taranto encomendado á la lealtad de algunos barones, que se habían conservado fieles, pero el general español se apoderó bien pronto de su persona; y aunque (lo referimos con dolor) juró ante los barones que lo defendían, y sobre una Hostia consagrada, dejarlo en completa libertad, lo envió prisionero y con buena escolta á España.

Quedó, pues, el reino de Nápoles en manos de españoles y franceses, devastando el país y haciéndose cruidísima guerra, pero ganada por el Gran Capitán la sangrienta batalla de Cerinola, y muerto en ella el duque de Nemours, caudillo del ejército francés, quedó el reino á merced de los españoles, y ejerciendo el supremo poder en nombre del rey de Aragón Fernando V el Católico, el Gran Capitán con el título de virey. Igual título tomó luego el gobernador de Sicilia, y quedaron ambos países, ántes verdaderos reinos, separados y convertidos en provincias españolas (1503); como por espacio de dos siglos se mantuvieron, formando parte de aquella colosal monarquía que extendió á poco su poder, atravesando audaz y afortunada mares desconocidas, á las ignoradas regiones de un nuevo mundo.

### IV

Reducidos, pues, á provincias españolas los dos importantes reinos de Nápoles y de Sicilia, fueron constantemente gobernados por Vireyes que introdujeron en aquellos países, en cuanto les fué posible, las costumbres, leyes y administración de la metrópoli, aunque conservaron los estados generales de ambos antiguos reinos y las formas del gobierno municipal de sus ciudades; bien que rara vez fueron consultados aquellos, y poco á poco se modificaron estas del modo más conveniente al poder reinante.

El mismo Gran Capitán, conquistador de Nápoles, fué su primer Virey, y moströse entendido y hábil gobernador; pero despertando su gran popularidad recelos en el ánimo del suspicaz Fernando V, vino este soberano, con pretexto de visitar su nuevo reino, á retirar de él á Gonzalo de Córdoba, y á crear estorbos en el absoluto poder de los Vireyes, alterando al mismo tiempo las leyes fundamentales y la administración antigua de aquel estado, y hasta intentó introducir en él la Inquisición.

Tanto Nápoles como Sicilia son deudoras, sin duda, de grandes elementos de seguridad, salubridad y cultura á la dominación española, pues la magnificencia de sus capitales, la facilidad de sus comunicaciones, las obras de utilidad pública, como desecación de pantanos, acueductos, fuentes, calzadas y fortificación de los puntos accesibles de las costas, obras son de los Vireyes en ambos países de agudeza y allende el Faro.

Á la muerte de los Reyes Católicos heredó las coronas de Aragón y de Castilla con todos sus dominios en ambos mundos, su hija doña Juana, la enfermedad mental de esta señora por la pérdida de su marido don Felipe el Hermoso, las colocó muy luego en las sienas de su hijo don Carlos, primero en el trono español, y después quinto en el del imperio de Alemania. Las encarnizadas y con-

tinuas guerras de este soberano con el rey de Francia...

En el año 1524 siendo Virey el flamenco don Carlos de Lanais...

Con esta rota, entabló reservadamente el Virey hablas con el Papa...

Indignado y con razon el Rey de Francia de atentado tan horrible...

Gobernaba la Sicilia D. Hugo de Moncada, y pasó á Nápoles...

Fue jurado el nuevo Rey en Nápoles y Sicilia con grandes festejos...

No podia ser grande el desarrollo de la prosperidad pública en los reinos de Nápoles y de Sicilia...

Mucho contribuyeron tambien los reinos de Nápoles y de Sicilia á la gloriosa expedición de Lepanto...

No faltaron descontentos y envidiosos que tentaron de indisponer al gran Virey...

En tantos años como gobernó el reino de Nápoles D. Pedro de Toledo...

Seis meses duró aquella tormenta, que dejó en pos de sí consecuencias dolorosas...

La isla de Sicilia no pasó los reinados de Fernando el Católico y de Carlos V...

Antes de ir á Nápoles el Emperador, como hemos referido, visitó la isla...

Renunciando á las grandezas mundanas Carlos V, se retiró á un monasterio...

Fue jurado el nuevo Rey en Nápoles y Sicilia con grandes festejos...

Tambien los turcos despues de poner en grande apuro á la isla de Malta...

Mucho contribuyeron tambien los reinos de Nápoles y de Sicilia á la gloriosa expedición de Lepanto...

se halló y fué herido en la pelea el inmortal Cervantes.

Escasez de viveres, precios exorbitantes de las mercaderías, y alteraciones hechas...

V

A la muerte del rey Felipe II, sucedió su hijo Felipe III, y fué como su padre jurado...

Crecían los bandidos en Calabria, poniendo á contribucion no sólo los miserables pueblos...

Gobernaba en tanto la Sicilia el virey duque de Osuna, conocido por sus hazañas...

VI

Ocupando Felipe IV el trono español se apresuró visiblemente la ruina de aquella inmensa y poderosa monarquía...

lluvias que destruyeron las cosechas é inundaron las vegas más fércas...

No presentaba Sicilia más favorable aspecto; siempre víctimas sus costas de la audacia berberisca...

Este pernicioso ejemplo contagiado al reino de Nápoles, del que era Virey el duque de Arcos...

El infeliz Monarca, tímido, enfermo, supersticioso, viéndose sin sucesión...

La primera mujer de Carlos fué francesa, la segunda bávara, y prevaleciendo su influencia...

No tardó el nuevo rey Felipe V en trasladarse á Madrid para tomar posesion de su herencia...

Murió el año 1665 el rey Felipe IV, y heredó sus estados Carlos II, destinado por la providencia...

Fuér tenaz y vigorosa la defensa de los mesineses, como sin resultado los combates de ambas armadas...

En el de 1681, reemplazó en el vireinato de Nápoles al marqués de los Velez, el del Carpio...

Siendo en Nápoles Virey el duque de Medina-Celi, el más espléndido de cuantos tuvo aquel Estado...

El infeliz Monarca, tímido, enfermo, supersticioso, viéndose sin sucesión...

La primera mujer de Carlos fué francesa, la segunda bávara, y prevaleciendo su influencia...

No tardó el nuevo rey Felipe V en trasladarse á Madrid para tomar posesion de su herencia...

Murió el año 1665 el rey Felipe IV, y heredó sus estados Carlos II, destinado por la providencia...

VII

En Nápoles y en Sicilia fué jurado el nuevo Rey, pero no agrado el cambio de dinastía...

gusto. Servian en el ejército imperial algunos nobles napolitanos...

Pusiéronse en Roma de acuerdo con el cardenal Grimani, y pasando á Nápoles no fueron desgraciados...

Habiendo esta tomado ya tales proporciones, imposible era que permaneciese oculto largo tiempo...

Siendo en Nápoles Virey el duque de Medina-Celi, el más espléndido de cuantos tuvo aquel Estado...

El infeliz Monarca, tímido, enfermo, supersticioso, viéndose sin sucesión...

La primera mujer de Carlos fué francesa, la segunda bávara, y prevaleciendo su influencia...

No tardó el nuevo rey Felipe V en trasladarse á Madrid para tomar posesion de su herencia...

En Nápoles y en Sicilia fué jurado el nuevo Rey, pero no agrado el cambio de dinastía...